

El semillero del Evangelio (Parte 1)
Pastor J.C. Philpot

357:3,4
322:1,4
La Ley 431:4
Lucas 8:1-21
362:1-3
123:1
110:1,3
Doxología

Querida congregación,

Esta mañana quiero leer un sermón del pastor Philpot que predicó en Londres, Inglaterra, en 1849. El sermón se divide en dos partes. Espero leer hoy la primera parte y, el próximo domingo, si Dios quiere, espero leer la segunda parte.

El versículo se encuentra en **Lucas 8:15**.

‘Mas la que cayó en buena tierra, estos son los que con corazón bueno y recto retienen la palabra oída, y llevan fruto con paciencia’.

Las palabras de nuestro texto están tomadas de la parábola del sembrador, que es tal vez una de las parábolas más impactantes que pronunció el Señor Jesús. En esta parábola, el Señor representa la predicación del evangelio y el efecto que tiene en los oyentes. Él presenta cuatro puntos de similitudes. El sembrador es el pastor de la verdad, la semilla es la Palabra de Dios que él predica, los suelos son los diferentes oyentes, y la cosecha representa el fruto y los efectos que se producen en ellos.

Para mostrar la diferencia entre aquellos en quienes la Palabra de verdad tiene un efecto profundo, permanente y salvador, y aquellos que perseveran por un tiempo y luego se apartan, el Señor nos presenta cuatro tipos distintos de oyentes.

Intentaré describir a estos cuatro oyentes distintos; y al hacerlo, consideraremos qué se entiende por:

Primero, el oyente junto al camino.

En segundo lugar, el oyente en pedregales.

En tercer lugar, el oyente entre los espinos.

En cuarto lugar, el oyente fructífero.

Debemos recordar que la parábola del sembrador no se aplica a todo pastor, ni a toda congregación. Nadie es realmente un sembrador, solo aquel a quien Dios ha enseñado, capacitado, comisionado y enviado a predicar la Palabra de vida. Porque solo esos verdaderos predicadores se hacen espiritualmente manifestados en el ministerio del Evangelio.

Lo siguiente que debemos recordar es que lo que él siembra es la verdad, la Palabra pura de Dios. No sale con una bolsa de semillas mezcladas, sino que siembra la Palabra pura de Dios, *'tal como la verdad está en Jesús'*. (Efesios 4:21)

La parábola, pues, solo es aplicable a un verdadero pastor y a una congregación que profesa la verdad.

Por lo tanto, confiamos en que esta parábola sea aplicable a nosotros esta mañana.

Primero, el oyente junto al camino.

Estos oyentes constituyen la mayoría de la congregación. El Señor los compara con la tierra que se encuentra al borde del camino. En este caso, no hay absolutamente ninguna penetración de la Palabra de verdad. La Palabra cae sobre ellos tal como una semilla podría caer sobre el duro pavimento de Tarija. Inmediatamente es pisoteada por el primer peatón, y su zapato la reduce a polvo. No entra en la tierra. La semilla no está enterrada. Sin embargo, Satanás, comparado aquí con las aves del cielo (Mateo 13:4), viene de inmediato y se la devora. Esta es la realidad de la mayoría de los que están en la iglesia. Escuchan, sin embargo, escuchan en vano. La Palabra de vida no entra en su corazón, en su conciencia, ni en sus afectos. Romanos 11:8 – *'Como está escrito: Dios les dio espíritu de estupor, ojos para que*

no vean y oídos para que no oigan, hasta el día de hoy’. La Palabra cae sobre sus oídos como los granos caen literalmente sobre el piso duro. De ahí, Satanás se la lleva rápidamente, sin que produzca ningún efecto sólido, real y duradero. No me detendré más en este caso lamentable.

En segundo lugar, el oyente en pedregales.

Consideremos ahora a nuestro segundo oyente, quien en nuestra parábola se representa con la figura de aquel que recibe la semilla en lugares pedregosos; o, como dice Lucas, *‘sobre la roca’*. Cuando observamos por primera vez a este oyente, hay ciertas circunstancias que parecen distinguirlo de manera favorable. Sin embargo, si nos fijamos en los frutos y efectos, descubriremos que estas características favorables son solo una *apariencia*.

1. En primer lugar, entonces, en comparación con el oyente que consideramos al principio, hay cierta penetración de la Palabra. Hay cierta entrada. Pero ¿dónde entra? Simplemente en la mente, la mente natural. ¡Cuántos hay que han escuchado a fieles pastores calvinistas casi desde la infancia y que se han acostumbrado continuamente a que se les presente la verdad! Algunos de ellos reciben las doctrinas de la gracia al escucharlas constantemente. La Palabra de verdad ha entrado en su *entendimiento natural*. La defienden con fervor, creen que es ciertamente verdadera y están plenamente convencidos de que concuerda con la Palabra revelada de Dios.

2. Sin embargo, hay otros que pueden ir un paso más allá. No solo reciben la Palabra en su entendimiento natural, de modo que parecen ser calvinistas sólidos, ortodoxos y doctrinales, sino que también reciben la verdad en sus *afectos naturales*. La leen, o, la escuchan con *‘gozo’*. Encuentran en ella cierto grado de deleite. Sus afectos carnales la reciben con gusto y, al igual que los oyentes de Juan el Bautista, se *‘regocijan por un poco en su luz’*. (Juan 5:35).

Al principio, parece ser una circunstancia muy favorable que estas personas reciban con gozo la Palabra de Dios. Que encuentren placer en escuchar la verdad predicada. Que la comprendan en cierta medida. Y no solo eso, sino que también sientan alegría en su mente cuando oigan hablar de la elección, la predestinación, la redención y la salvación por gracia. Al oír hablar de la perseverancia de los santos y de lo que el Señor Jesús ha hecho por Su pueblo. El hecho de que reciban estas verdades con su entendimiento natural y sientan alegría, placer y deleite al escucharlas, parece a primera vista una señal muy favorable. Sin embargo, cuando examinamos el otro lado, vemos que hay aspectos desfavorables que se oponen a ello. ¿Cuáles son estas cosas?

A. Ellos *‘no tienen raíces’*. El corazón nunca ha sido arado con convicciones, porque, de haberlo sido, habría habido un buen suelo para que la Palabra de vida echara raíces. Sin embargo, no tienen *‘profundidad de tierra’*. El arado de la culpa y la ira de Dios nunca ha penetrado en la tierra, ni la ha labrado para dejar al descubierto un terreno adecuado en el que la Palabra de la verdad pueda caer, echar raíces profundas y dar un fruto verdadero y duradero. *‘Reciben la Palabra con gozo’*, pero sin haber experimentado antes el dolor, la convicción o la tentación. Su corazón nunca ha sido arado por la Ley, ni su dura costra ha sido desgarrada por el arado. Por lo tanto, no hay tierra quebrada, ni suelo aflojado, ni surcos profundos en los que una raíz pueda penetrar para crecer y extenderse hacia abajo.

B. Había otra señal fatal. *‘No tenía humedad’*. El Espíritu Santo no estaba presente en todo esto. No era una verdadera obra de gracia. Las benditas guías, las enseñanzas secretas, los refrescos divinos y el rocío celestial del Espíritu Santo *no acompañaban a la Palabra de vida*. La Palabra simplemente entró en la mente natural y fue recibida en los afectos naturales. Por lo tanto, crecía rápidamente. Sin embargo, no tenía profundidad de tierra y, por lo tanto, no tenía raíces profundas. Le faltaba humedad y, por eso, no crecía.

C. La tercera señal fatal es que, al no haber raíz, ni humedad, *‘se apartan’* en el tiempo de la tentación. ¡A cuántos vemos en esta condición! Hubo un tiempo en que escuchaban la Palabra con alegría. Un tiempo en que caminaban casi cualquier

distancia para escuchar la verdad. Se sentaban y escuchaban con deleite, y parecían brotar como la hierba a orillas del río. Tenían todas las señales y todas las apariencias de ser hijos de Dios.

Sin embargo, si un ojo crítico hubiera examinado la obra *que parecía ser* obra de la gracia, habría observado que faltaban dos cosas. Primero, el Espíritu Santo no había arado el corazón, ni removido el suelo, para recibir la semilla de la verdad a una profundidad real. En segundo lugar, no había humedad, ni sabor, ni rocío, ni poder, ni sentimiento divino, y nada del riego y el rocío del Espíritu Santo.

Al ver que faltaban estas dos cosas, un hombre con discernimiento habría predicho las consecuencias: que todo esto se marchitaría cuando llegara la tentación. Ese gozo no era más que una alegría terrenal. Este consuelo no era más que un consuelo carnal. Este deleite era solo un deleite sensual y el iluminar de los afectos naturales, sin la verdadera enseñanza y obra del Espíritu Santo.

¡Cuántos vemos marchitarse en momentos de tentación! ¡Cuántos defensores de las doctrinas de la gracia vemos marchitarse ante la tentación de las bebidas fuertes! Creo firmemente que, si muchos grandes defensores de las doctrinas de la gracia anotaran en una hoja de papel lo que gastan en alcohol y, en otra, lo que dan a los pobres del Señor, encontraríamos un balance horrible a favor del alcohol. Esta es una tentación para muchos defensores carnales. Caen en el amor por las bebidas fuertes o alguna otra adicción pecaminosa, que se va apoderando de ellos poco a poco hasta que, al fin, se marchitan. Algunos incluso renuncian a la confesión de fe que hicieron en la iglesia y se sientan bajo la enseñanza de pastores falsos, mientras que otros se van al mundo, o tal vez ni siquiera asisten a ningún lugar de culto, y al final mueren como borrachos. Tal ha sido el final de muchos que en su día corrían con alegría en el camino del Señor y recibían con gozo las doctrinas de la gracia tal y como salían de los labios de los predicadores del Evangelio.

Otros caen esclavos de los deseos carnales. Satanás les tiende trampas de diversas formas. En estas trampas quedan enredados, sufren un terrible naufragio y, a menudo, se marchitan hasta perder incluso la apariencia de la religión, se

convierten en antinomistas duros, viven vidas inconsistentes, se entregan a prácticas impías y a deseos viles, y se convierten en un reproche público y en una piedra de tropiezo. Judas 1:8, 12-13.

Otros, que no se marchitan de manera evidente por el alcohol, los deseos sensuales, la codicia u otros pecados graves, se marchitan. Se convierten en pobres oyentes muertos, enterrados en el mundo, sin oración y descuidados, condenados y pudriéndose, un peso muerto en las iglesias y congregaciones, lo que hace que un pastor que tenga algo de vida y sensibilidad en su alma, gima con solo verlos. Creo sinceramente que, si examináramos la condición de muchas iglesias, las encontraríamos llenas de estos oyentes en pedregales, una plaga y una carga para el pueblo de Dios.

Antes de continuar con el oyente entre los espinos, vamos a cantar Salterio 123:1.

En tercer lugar, el oyente entre los espinos.

Los oyentes del terreno espinoso parecen estar un paso más cerca de la salvación y tener algo más cercano a la obra de la gracia que los oyentes en pedregales. En este caso no solo parece haber una recepción de la Palabra de Dios, sino también la producción de *algún* fruto. Sin embargo, leemos que *‘no llevan ningún fruto a la perfección’*.

(En el texto original, la palabra griega es telesphoreō (tel-as-fa-re-o), que solo aparece aquí, en Lucas 8, y significa ‘llevar a la perfección o a la madurez, como en el caso de los frutos, las mujeres embarazadas o los animales’. Entiendo que en la Biblia en español dice ‘no llevan fruto’; sin embargo, dado que el sermón está traducido del inglés, y para seguir la explicación que se ofrece en este sermón, utilizaré las palabras de la Biblia en original, inglés y holandés, donde leemos que el oyente que está entre los espinos ‘no lleva ningún fruto a la perfección’, lo que significa que, aunque da algo de fruto, no llega a producir una cosecha, ni frutos maduros).

Ahora bien, estos reciben la Palabra en su conciencia natural. El primer grupo de oyentes no recibió en absoluto la Palabra de Dios. Ni siquiera la recibieron en su mente natural. Iban y venían, iban y venían, sin entender nada, si es que escuchaban. Los segundos fueron un paso más allá. Recibieron la Palabra en su mente natural, y no solo eso, sino incluso en sus afectos naturales. En ellos parecía que algo estaba creciendo, algo que se parecía mucho a una verdadera obra de la gracia.

Pero ahora llegamos al tercer oyente, y él parece ir un paso más allá aún. No solo recibe la Palabra en su mente natural, sino que va más allá, hasta su conciencia natural. Sin embargo, todavía falta una obra de gracia. Aunque se parece mucho a la obra del Espíritu, no hay nada de la obra del Espíritu bendito. Hay algún sentimiento y la conciencia se conmueve y es influenciada. A primera vista, parece una verdadera obra de gracia.

Este oyente, entonces, recibe la Palabra en su conciencia. Tiene la convicción de su estado perdido y perdido por naturaleza. Ve el plan de salvación y, en ocasiones, siente lo que espera y anhela. Las personas que le rodean piensan que esta es la verdadera obra y enseñanza del Espíritu. Sin embargo, con todo esto, no lleva ningún fruto a la perfección. Es ahogado por las preocupaciones, los placeres y los deseos del mundo. Estos crecen, por así decirlo, con el mundo en su corazón. Esto les ahoga y les sofoca, de modo que en realidad no dan ningún fruto.

Dios no extiende Su mano para sacar las malezas. No la quema. No ejercita el alma de ese tipo de oyente como ejercita el alma de Su pueblo. Dios permite que las preocupaciones, las ansiedades y los deseos malos surjan junto con la verdad, y estos crecen hasta tal punto que llegan a cubrir la verdad. Sofocan todo lo que hay de vida y sentimiento en el alma. De este modo, toda la cosecha se ve sofocada y no lleva ningún fruto a la perfección. Al final, no hay nada que lo manifieste como una verdadera obra de la gracia.

Ahora bien, verás que, dondequiera que se predique la verdad, la mayoría de los oyentes se compone de estos tres tipos:

En primer lugar, *los oyentes junto al camino*, que van y vienen a la iglesia, y en cuyos corazones no queda impresión alguna.

En segundo lugar, *los oyentes en pedregales*, que escuchan la Palabra de Dios con alegría y gozo, pero en tiempos de tentación se apartan.

En tercer lugar, *los oyentes entre los espinos*, que parecen tener algún sentimiento, algo de vida, alguna convicción y algo de la obra de la gracia en su corazón, pero en realidad no hay nada.

Sigue a estas personas hasta sus hogares. Acompáñalas a sus respectivas ocupaciones. Las verás sofocadas y sepultadas bajo las preocupaciones mundanas, las ansiedades, los deseos malos, los placeres y las ambiciones mundanas. No se produce ningún fruto verdadero del evangelio. No se produce nada que Dios mismo apruebe ni nada que tenga su origen en una verdadera obra de gracia en el corazón.

Ahora bien, si todo esto es cierto, entonces hay motivos para que todos aquellos que desean temer a Dios examinen su corazón y vean si pueden encontrar allí algo que sea realmente diferente de lo que he estado tratando de explicar esta mañana.

Creo que un hijo de Dios estará muy interesado en este tema, sabiendo lo rápido y lo fácil que puede ser engañado. Sintiendo en su corazón las tentaciones, las aflicciones y los males que ve descritos en la Palabra de Dios y que se manifiestan en los demás. A veces, examinará con cuidado su propio corazón y su vida, temblando hasta lo más profundo de su ser, dudando y temiendo no tener en su corazón la verdadera obra de la gracia.

En cuarto lugar, el oyente fructífero.

Por lo tanto, en la medida en que el Señor me lo permita, pasaré a mi último y más importante punto, para el cual todo lo que he estado diciendo no es más que un preliminar, y describiré a aquel a quien el Señor declara oyente fructífero. Ese es un

verdadero hijo de Dios, alguien en quien la obra de la gracia ha comenzado, se lleva a cabo y se lleva a la perfección.

Ahora bien, si observamos a este oyente y comparamos su caso con el de los otros tres oyentes, encontraremos características muy notables y prominentes. Son precisamente estas características las que voy a intentar explicar ahora y, de este modo, poner de manifiesto la diferencia entre él y los tres oyentes, cuyos casos hemos estado analizando hasta ahora.

1. La primera característica de este verdadero hijo de Dios es esta: recibe la Palabra en un '*corazón recto*'. De esto concluimos que los corazones de los otros tres oyentes no son rectos. Les falta aquello que constituye la base de toda verdadera religión: la sinceridad. Dios, a través de la luz de Su Espíritu y de las enseñanzas de Su gracia, nunca los ha hecho rectos.

Considero que este es el primer fruto de la enseñanza divina en el alma, como en el caso de Natanael. Juan 1:47 – '*¡He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño!*'. Esto produce rectitud espiritual, honestidad piadosa y sinceridad de corazón. ¿Cómo se hace, entonces, que un corazón sea recto? Sabemos que, por naturaleza, ningún corazón es recto de por sí. En esta parábola, el Señor utiliza la figura del suelo. El Señor no quiso decir que algunos tengan un corazón naturalmente recto, como si algunos estuvieran exentos de la caída en el Paraíso. No, el Señor, al hablar de un corazón recto, dio a entender que *se hizo así por gracia*.

A. Ahora, cuando *la luz divina* entra en el alma, nos muestra Quién es Dios, qué es el pecado y qué somos nosotros. Si un hombre nunca ha tenido esta luz divina brillando en su alma, entonces no es un hombre recto y honesto. Puede ser un hombre muy recto y honesto en apariencia, al comportarse con rectitud ante el mundo y al detestar las mentiras y la falsedad. Sin embargo, en lo que respecta a su propio estado ante Dios, a las preocupaciones de su propia alma y a su relación con Dios en materia de salvación, no hay honestidad en él.

Hay una profundidad en el corazón que está cubierta como con una tapa. Esto es ciertamente cierto porque el velo de la ignorancia, de la incredulidad y de la hipocresía se extiende sobre el corazón. Hasta que este velo sea removido por el poder de la gracia de Dios, todos los recovecos oscuros permanecerán cubiertos. Estas profundidades secretas se revelan al hijo de Dios por la luz de la Verdad Divina. Esta luz divina ilumina esas cuevas, cavernas y recovecos ocultos, que quedan así al descubierto, desnudos y a la vista del pecador regenerado. Puede haber una sinceridad superficial, como debajo de una casa donde puede haber un sótano profundo, cubierto por el piso, de modo que lo que ocurre abajo no se ve desde arriba.

Entonces, un hombre puede parecer muy sincero, franco y recto, y sin embargo solo mostrar honestidad en su rostro, mientras que en lo más recóndito de su corazón pueden habitar miles de pecados y abominaciones que pasan desapercibidos. Sin embargo, permite que la luz de Dios brille en el alma, que penetra hasta lo más profundo y que escudriña las profundidades mismas del corazón. Esta luz pone al descubierto cada rincón secreto. Así, la luz de Dios que ilumina el alma hace que el corazón sea recto. Nada más que esta luz que brilla en el alma desde la plenitud de Dios puede hacer a un hombre recto. En esta luz, él ve y sabe que no puede engañar, ni burlarse, de Dios, y que todas las cosas están al desnudo y abiertas a los ojos de Aquel a quien tiene que dar cuenta.

Puede que engañe a su prójimo, pero no puede engañar al Señor Dios Todopoderoso. Esto se manifestará en cada movimiento secreto de su alma ante Dios. *¡Tú eres el Dios que me ve!* (Génesis 16:13) es la raíz de toda oración verdadera. Un alma regenerada llega a clamar, “Tú, Dios, escudriñas mi corazón. Tú, Dios, conoces todo lo que hay en mi alma. Todo lo que tengo y todo lo que soy está al descubierto ante Ti. No puedo escapar de Ti”. *‘Si subiere a los cielos, allí estás Tú; y si en el abismo hiciere mi lecho, he aquí, allí Tú estás. Si tomare las alas del alba y habitar en el extremo del mar, aun allí me guiará Tu mano y me asirá Tu diestra’.* (Salmo 139:8-10). Este es el efecto de la luz de Dios que resplandece en el alma.

Por lo tanto, si un hombre nunca ha tenido un rayo de luz divina que brille en su alma, no es un hombre recto ante Dios, ni en su interior, ni en su exterior. Está espiritualmente muerto. Siempre será, por muy sincero que se muestre ante los demás, un hipócrita absoluto ante Dios. Cuanto más proclame su fe, más absoluta será su hipocresía.

B. Pero además de esto, está la *vida* de Dios en el alma que lo hace recto y bueno. La luz nos permite ver. La vida nos hace *sentir* lo que realmente somos. Con la luz divina, no solo vemos nuestra gran vileza y nuestra terrible maldad, pero, con la vida en el alma: la sentimos, nos lamentamos por ella, gemimos y lloramos a causa de ella, la aborrecemos y derramamos nuestro corazón en amargas quejas por ella. Es a través de esta misteriosa unión entre la luz y la vida que penetra en el alma como vemos la maldad de nuestro corazón y sentimos lo que somos como pecadores ante Dios.

Donde haya esta luz y esta vida en el corazón, ahí, y solo ahí, habrá honestidad. Ahora bien, un hombre recto nunca puede *ser* nada ante Dios, salvo lo que Dios hace de él. No *tiene* nada más que lo que Dios le da. *No sabe* nada más que lo que Dios le enseña. De esta manera, se presenta ante Dios y ante los hombres. No se atribuye nada, no tiene nada, no se jacta de nada, pues no tiene de qué jactarse. No puede jactarse del pecado, la hipocresía y la maldad. Por lo tanto, como hombre recto, se pone ante Dios como un pecador pobre, arruinado y desdichado. Es un leproso espiritual, desde la cabeza hasta la planta de los pies. A menudo dice con Job, según Job 40:4 – ‘¡*He aquí que yo soy vill!*’. Pone su boca en el polvo y, colocando su mano sobre ella, reconoce con profunda emoción, al igual que Pablo, que es el primero de los pecadores y menos que el más pequeño de todos los santos.

Ahora bien, si nunca has tenido esto como fundamento de tu religión, entonces *no* eres un oyente en cuyo corazón Dios haya comenzado, y esté continuando, la obra de la gracia. En este momento, es de temer que seas un oyente junto al camino, un oyente en pedregales, o un oyente entre los espinos. Sea lo que sea en lo que te

conviertas en el futuro, gracias a la luz y la vida de Dios que entran en tu alma, en este momento muestras muy pocos indicios de tener *'un corazón recto'*.

El próximo domingo, si Dios quiere, esperamos continuar reflexionando sobre el oyente fructífero y escuchar una aplicación.

Que el Señor bendiga la Palabra que se lea. Que también en Tarija la semilla de Su Palabra caiga en corazones bien preparados.

'Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos. ¿O no os conocéis a vosotros mismos, que Jesucristo está en vosotros, a menos que estéis reprobados?' (2 Co 13:5).

Amén.